

Un cadáver en el Koryo

James Church

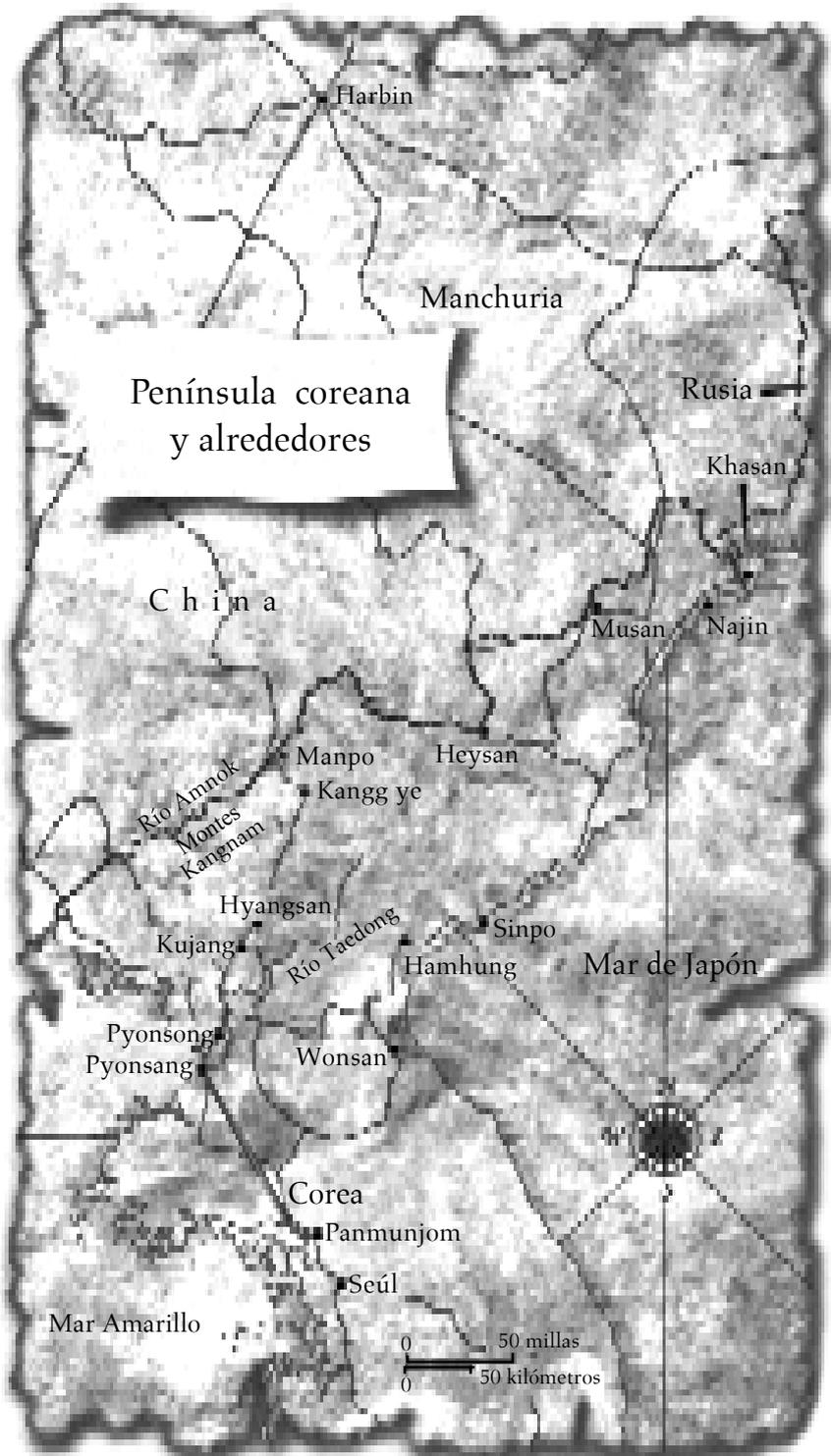
Traducción de Daniel Estrada Gómez-Acebo



Los nombres, los lugares, incluso las montañas cambian. Pero la gente permanece. Es real. Esta historia es solo eso, una historia que cualquiera puede leer. El libro, sin embargo, es para la gente de Corea del Norte y, especialmente, para la niña pequeña que llora en el campo.

## Agradecimientos

Treinta años no son demasiado tiempo y, sin embargo, en ese período, se llega a entrar en contacto con mucha gente. Algunas personas se presentan formalmente, con una tarjeta con su nombre. Otras se sientan detrás de ti en largos viajes por el Pacífico o te rozan al pasar por la calle. Otros saludan desde el arcén de una carretera sucia o te acompañan en un paseo por un complejo de templos. Muchos han pasado innumerables horas, décadas en realidad, explicándome pacientemente los porqués de Corea y de los coreanos; en ese proceso, han sabido transmitirme su amor por esa tierra, por su belleza constante y su melodía interior, clara y a veces melancólica. Les estoy profundamente agradecido y solo puedo disculparme si en alguna ocasión no he dado la talla como aprendiz. Al corazón siempre le queda por aprender. Dar forma a las ideas y hacer de ellas un libro requiere altas dosis de ánimos y consejos durante el proceso, sin olvidar a un representante entregado (Bob Mecoy) y a un editor talentoso (Pete Wolverton).



## Primera parte

Al alba, las colinas emergen de la bruma;  
una hilera, después otra.  
Más allá, la soledad,  
infinita como las lejanas cumbres.  
—O Sung Hui (1327–1358)

Solo se oía el viento y, en la mezquina luminosidad que precede al día, lo único visible era la deteriorada carretera que cortaba rectilínea los campos vacíos. Diseñada recta sobre un mapa treinta años atrás, recta era como había de ser construida. Los ingenieros habrían preferido bordear las pequeñas colinas que, curiosamente inconexas, navegaban como barquitos a través del paisaje. Recta, rigurosamente recta, literalmente recta. Suponía perforar una docena de túneles. Eso implicaba un año de trabajo duro e innecesario para las tropas de construcción, pero nadie se planteó en realidad desviarse de la línea marcada en el mapa, que señalaba como una verdad de la capital hacia la frontera del Sur y había sido dibujada por una mano que nadie pondría en cuestión. Por desgracia, muy a su pesar, los ingenieros no consiguieron borrar del todo los rebeldes contornos de la tierra: en algunos puntos la carretera se curvaba. Por ello, el general a cargo de la obra, un hombre taciturno de lealtad impecable, sufrió el debido castigo. Destituido una tarde, por la noche ya se encontraba camino de las montañas del norte donde se haría cargo de una granja en una tierra tan adusta que la hierba apenas crecía en ella. Finalmente, se le permitió volver a la capital para servir el resto de sus días diseñando nuevas carreteras, todas rectas como una flecha. Ninguna de ellas fue construida jamás. Para entonces, los cartógrafos habían aprendido la lección: todos los mapas mostraban la Carretera de la Reunificación siguiendo con fidelidad la rectitud de una regla y así es como la gente se acostumbró a imaginársela. Casi nadie la usaba, de manera que pocos estaban mejor informados.

Las órdenes que recibí no indicaban adónde mirar, solo que estuviera al acecho de un coche. No me dijeron color, ni descripción; solo «un coche». Pura rutina. Como dijo el poeta inglés, era todo lo que necesitaba saber.

No tenía ningún interés en saber más. A aquellas horas, si aparecía un coche, me imaginé que sería avanzando rápidamente desde el sur. Por qué un coche vendría de esa dirección era una cuestión interesante, pero yo no sentía curiosidad. No era asunto mío, y lo que no preguntara no podría hacerme daño.

«Haz una foto», me dijeron: era todo lo que tenía que hacer. Miré por el visor para comprobar su alcance y después dejé la cámara sobre la hierba. Mi posición estratégica era ideal: buen ángulo, la distancia justa para el objetivo y la iluminación suficiente, ya que el amanecer todavía tardaría media hora más. Sabía que la carretera surgía de un pequeño túnel a un kilómetro de distancia: el sonido del motor reverberando contra la roca lo anunciaría, dándome el tiempo necesario para prepararme antes de que el coche entrara en mi campo de visión. El conductor habría estado conduciendo con los faros apagados: estaría cansado de intentar guiarse en la oscuridad mirando a través del parabrisas, luchando por mantenerse en la franja de asfalto que permanecía en buen estado en el centro de la autopista. No se le ocurriría mirar hacia arriba para buscar a alguien con una cámara en la colina.

Por el momento, sin embargo, nada se movía. Ningún campesino caminaba junto a la carretera, ni siquiera susurraba la brisa por entre los maizales agostados por el interminable verano y las escasas lluvias. Lo único que se podía hacer era esperar y contemplar la línea de colinas que emergía entre el brumoso silencio.

—¿Estado? —Lo había puesto bajo, pero el volumen de la radio todavía daba al traste con la tranquilidad. Comprobé mi reloj. Desde aquel momento la radio escupiría su «estado», «estado», «estado» cada treinta segundos, a menos que la apagara.

La voz comenzó de nuevo para ahogarse después en sus propias interferencias. No toqué los diales: una señal mejor solo provocaría más ruido. En cualquier caso, no era necesaria respuesta alguna: no sucedía nada y ya estaba convencido de que tampoco sucedería nada después. Si a aquellas alturas todavía no había aparecido el coche ya no lo haría nunca.

Volví a sentarme para contemplar cómo la tercera hilera de colinas, una oscura mancha de tinta contra la apenas iluminada línea oeste del horizonte, iba tomando forma. Los contornos eran suaves, no tierra y roca, sino la silueta de una mujer yacente sobre el costado. Carretera adelante, una columna de humo se retorció al encuentro de la luz de la mañana, probablemente procedente del pueblo que trabajaba los campos que se extendían a mis pies. Dirigí de nuevo mi atención a la carretera y doblé las rodillas para evitar que se me durmieran las piernas. Detrás de mí se desprendió una piedra, que rodó colina abajo. Una fracción de segundo más tarde, oí piar a un pájaro y el batir de sus alas contra la hierba mientras se elevaba al cielo. Ese tipo de vigilancia siempre me ponía nervioso. Quería una taza de té.

La radio volvió a la vida con un chirrido.

—En caso de que lo haya olvidado, se supone que debe responder. ¿Cuántas veces he de decírselo? Una señal, sí; dos, no. —Una pausa brevísima, supe que Pak se ablandaba—. Muy bien. Al diablo, adelante.

—Déjeme algo de té —susurré al auricular, a pesar de no haber un alma a la vista.

—Imposible, el hervidor no está. El rojo. Ha desaparecido. —Solamente con su voz ya podía percibir la sonrisa esbozada en los labios de Pak.

—¿De una comisaría? ¿Cómo vamos a calentar agua sin un hervidor?

Debía haber llevado la petaca. Un poco de vodka me habría ayudado a pasar el rato, especialmente en ausencia del té matutino. La oficina no tenía termo. En el ministerio había algunos, pero se negaban a distribuirlos incluso en mitad del invierno, así que difícilmente lo harían en una mañana de agosto como aquella. No importaba si ponerse en posición implicaba escalar una colina en la oscuridad y sentarse sobre la hierba mojada hasta el amanecer, la respuesta era siempre la misma: «¿Quiere usted té, inspector? ¿Quizá deberíamos ofrecerle también gachas de arroz y encurtidos?». El intendente llevaba años ahí. Cuando hablaba, se le dibujaba en la cara una sonrisa estúpida. Por desgracia, tenía un historial impecable. Aunque lo intentamos en varias ocasiones, nadie pudo sorprenderlo aceptando un soborno. Era imposible librarse de él.

La voz de Pak se volvió exageradamente oficial, lo que indicaba que había alguien más en su oficina escuchando nuestra conversación.

—Deje de quejarse. Y apague la radio. Si tenemos que reemplazar la batería...

Oí el ruido de un motor.

—Se acerca un coche —le interrumpí, sin preocuparme ya de susurrar—. Muy rápido, por el centro de la carretera.

Tomé la cámara, encuadré el robusto Mercedes y pulsé el disparador. No hubo *clic*, ni zumbido, ni foto. Se oyó un bocinazo, el coche negro pasó con estruendo. En un instante avanzaba a toda velocidad hacia mí y al siguiente desaparecía tumbando a su paso las flores silvestres azuladas que se extendían a lo largo de la vía.

Observé el coche mientras se perdía de vista tras un cambio de rasante y luego arrojé asqueado la cámara al suelo. La batería estaba agotada. Pero incluso una foto perfecta habría sido inútil: el coche no llevaba matrícula.

El reloj de la pared, colgado junto a la ventana, indicaba las 2.40, pero no estaba en hora. Atardecía. En esa época del año, en mitad del invierno, el sol se ponía pronto, pero no tanto, ni siquiera ahí. Pura dejadez, imaginé. Si no se usaba el apartamento a menudo, el reloj debía de haberse parado. Al otro lado de la habitación había una lámpara de pie con la forma de una caña de bambú. La pantalla tenía flecos verdes por abajo; por arriba era abierta y la bombilla proyectaba su luz bastante lejos.

El hombre del sofá había cerrado los ojos y alzado el mentón, como si estuviera en la playa, disfrutando de un baño de sol.

—No muy esclarecedor, eso —dijo—. Preciosa imagen, con las flores, he de admitirlo. Una pena que no haya venido a escuchar un diario de viaje. —Era un ruso forzado, apenas comprensible.

Sus cejas eran pelirrojas, de un rojo incandescente en una cara blanca como la leche. Era grande y calvo como un monje. Mirándolo era inevitable pensar que se habían equivocado al ensamblar las partes. No se confundiría con las masas, en ninguna ciudad.

—Me pidió que le describiera un día de mi vida —respondí—. Y acabo de hacerlo. Lo siguiente que hará será preguntarme qué tipo de teléfonos utilizamos. No se lo diré. Querrá saber el color de la tapicería del coche patrulla. No se lo diré, tampoco. Yo diría que esta noche tiene todos los ingredientes para convertirse en una larga velada, pero tal vez mejore su vocabulario ruso antes de que termine.

—Como usted prefiera. —Esto lo dijo en inglés.

—No es usted americano, no con ese acento.

—Irlandés.

—¿Y qué quieren los irlandeses de un norcoreano?

Movió su cabeza lentamente describiendo un arco, estirando los músculos de su cuello.

—¿Sabe? Hay quien dice que los irlandeses y los coreanos nos parecemos.

Resoplé.

—No se engañe. Eso es un insulto para uno de nosotros. —Eché otro vistazo al reloj de la pared—. Déjeme adivinar: trabaja para los servicios de inteligencia británicos. ¿Qué quieren de mí?

—Nadie quiere nada, no de usted, amigo mío. Ni siquiera sabemos a ciencia cierta quién es. Me daría exactamente igual si desapareciera flotando en el Vltava con el resto de los desechos. Por si lo ha olvidado, fue usted el que concertó este encuentro. Y aquí está. Así que la pregunta es: ¿qué quiere usted?

—Yo no concerté nada, solo hice una llamada a un amigo.

—Quizá su amigo se puso en contacto con nosotros.

—No lo creo. Me parece que están ustedes escuchando conversaciones que no les conciernen.

—Usted está aquí. Nosotros estamos aquí. Tal vez una casualidad matemáticamente improbable. Dos cuerpos de diferentes vectores en el mismo tiempo y el mismo lugar.

—A eso lo llamaría yo una colisión.

—Eso depende de usted, ¿no es así?

—¿Sabe qué? Su problema es que se cree que ha pescado a un auténtico norcoreano vivito y coleando. Pero no sabe por qué. Está usted pensando: «Quizá el chico quiera desertar, quizá tenga las pelotas de hacerlo».

El irlandés me examinó despacio, como un hombre a punto de comprar un mueble usado. Después, dijo:

—No, no creo que tenga las pelotas. Si lo creyera ya habría salido usted por la puerta trasera y estaría en un coche. Puede que estuviera interesado cuando entró; ahora ya no tengo tanto interés.

—¿Qué quieren?

—Como le he dicho, no queremos nada de usted. Nada en absoluto.

—En ese caso, disfrute de la velada. —Me di media vuelta.

—Alguien dijo que pensaba que usted sabía algo. Sobre alguien. ¿Es así?

Estuve a punto de marcharme en aquel mismo instante. Tal vez debería haberlo hecho. En vez de eso, me volví hacia el irlandés.

—¿Por qué sigo teniendo la sensación de que están escuchando conversaciones que no son en absoluto de su incumbencia?

—Le diré lo que haremos: cada vez que yo formule una pregunta y usted cambie de tema, ganaré un punto, ¿de acuerdo? Si responde, lo ganará usted. Por el momento le llevo ventaja. ¿Quiere volver a jugar? Probemos de nuevo. ¿Sabe algo sobre alguien?

No dije nada.

El irlandés se mordió la parte interior del labio, apenas lo justo para notarlo, pero yo lo vi. *Acaba de perder un punto, pensé, lo sepa o no.*

—Otra cosa. —Su ruso era tan malo que estaba consiguiendo irritarme—. Quedarse en silencio es como ignorar al árbitro. Tenga cuidado, puede que lo haga una vez más de lo permitido. Permítame que pruebe de otra manera: dijo que sabía algo sobre Kang...

—¿Está interesado en Kang?

—Déjese de gilipolleces.

—Está muerto.

De repente no había apenas ruido, salvo por un bus en la distancia y el timbre de una bicicleta que sonaba en las cercanías.

—¿De veras? —Hablaba cuidadosamente—. No sabíamos nada. Habíamos oído que estaba aquí, en Praga.

—Lo dudo. La última vez que vi a Kang estaba desplomado junto a un árbol, con la mirada perdida en el vacío y un agujerito aquí. —Me acerqué y coloqué mi dedo entre aquellas cejas pelirrojas.

Él alzó la vista, retándome a dejar el dedo donde estaba. Sacudí la cabeza, pero no me moví. Se reclinó hacia atrás.

—¿Por qué deberíamos creerle?

—Quizá no deberían. Quizá no estén interesados realmente. —Di un paso atrás en dirección a la puerta—. Quizá estén malgastando su tiempo.

—Mi nombre es Molloy. Puede llamarme Richie. —Sacó un paquete de cigarrillos—. ¿Fuma?

—No, gracias. —Anduve de espaldas el resto del camino hasta la puerta y me quedé ahí, con aire aburrido.

—Algo de beber, entonces. ¿Vodka?

—No.

—Dios, una jodida monjita. —Señaló una mesa redonda en el centro de la sala, con una cafetera de hojalata encima—. Muy bien, sírvase una taza. Quizás así esto parezca menos una guerra. Hagámoslo más amable, por así decirlo.

—Dígame lo que quiere o me largo. Si todo esto no va a llevar a nada, tengo cosas mejores que hacer.

—¿Como qué?

—Como encontrar algo que comer y después acostarme.

—¿Por qué son ustedes siempre tan difíciles?

—¿Difíciles? Creo haber oído eso antes en algún lugar. ¿Aceptaría usted mis más sinceras disculpas? Debe ser por la falta de alimentación. O de civilización, quizá. Sí, seguramente sea eso, una falta de civilización por nuestra parte. Ustedes son los civilizados. Obviamente, debemos aprender de ustedes.

Meneaba la cabeza a un lado y a otro, como si hubiera solucionado el problema que tenía en el cuello, pero sus hombros estuvieran doloridos.

—Adelante, márchese si quiere. A mí me es exactamente igual.

—¿Saldrá usted por la parte de delante o por la de detrás cuando me haya ido? La parte delantera del edificio está bajo vigilancia. Siempre pensamos que era suya, pero no estábamos seguros. Ahora sí.

La cabeza cesó de moverse. Era evidente que no sabía que había estado observando el edificio los días anteriores. Simple vigilancia, tal cual aparecía en el manual de entrenamiento del ministerio. Había visto a los técnicos entrar para preparar el encuentro. Decidí presionarlo un poco.

—Tenemos una lista de todas las matrículas de cada coche que usted y sus amigos tienen en la ciudad. Y cuando cambian de matrícula, lo que hacen de cuando en cuando, sabemos los números de las nuevas antes de que las reciban.

El hombre estaba sudando, no demasiado, pero a la luz de la lámpara se podía percibir perfectamente. No tenía ninguna lista, pero merecía la pena arriesgarse.

—Váyase al cuerno. —Contuvo la voz.

—Dígame, ¿hay montañas en Irlanda?

Esto lo relajó porque, de súbito, reparó en lo que yo estaba haciendo: me preparaba para bailar. La decisión era suya: podía pedirme que me fuera o podía bailar conmigo.

—Colinas, sí, lindas como niñas los días de sol. —Bien, entraba en el juego. Después pareció pensárselo. Tenía un aire pensativo, se frotaba la barbilla. Pensé que lo perdía—. Aunque no podría decirle si alguna de nuestras colinas se parece a una irlandesa yacente sobre el costado. Extraño pensamiento, este. —Se rio suavemente, apenas una risa, probablemente por algún recuerdo más que por otra cosa, diría yo, pero no importaba. Sabía que habíamos cruzado el primer obstáculo.

—¿Ha estado alguna vez en Finlandia?

El gran rostro esbozó una sonrisa, pero los ojos verdes se mantuvieron inmutables. Eran como los de un gato que vi en una ocasión.

—Así que volvemos a Kang. Hemos dado un buen rodeo para llegar hasta el tema en cuestión, pero aquí estamos. ¿Lo conocía bien?

—Sí. Yo no lo maté, aunque debiera haberlo hecho. En cualquier caso, está muerto.

—¿Y usted? ¿Qué está haciendo en Praga?

—Nada. Simplemente me apeé del tren. Había un mensaje para mí en el hotel. Lo llamé. Hablé con él, él habló conmigo y sus escuchas lo anotaron. ¿Cómo sabía que estaría en la ciudad, por cierto? Tenía órdenes de dirigirme a Budapest.

—No es asunto mío imaginar cómo sabemos lo que sabemos o por qué hacemos lo que hacemos. No me dedico a pensar en esas cosas. Grande como soy, lo único que hago es presentarme donde me dicen que lo haga. Tomo notas, escucho bien de cerca cuando la gente habla. Nunca se sabe lo que quieren decir hasta que no se escuchan las palabras que no pronuncian. Un hombre sencillo, eso es lo que me dicen. Usted, usted sí es complicado.

Su móvil sonó. Respondió a la llamada, suavemente:

—Bien, bien. —Apagó el teléfono y me miró largamente—. Bien. —Caminó pasando junto a mí hasta llegar a la ventana, abrió las cortinas y observó el exterior—. Se equivoca, pero eso ya lo sabe. —Se volvió hacia mí—. La parte delantera del edificio no está cubierta.

—¿Significa eso que vuelve a arrojarme al Vltava?

—Sus amigos lo sacarían de ahí y le meterían una bala por el ojo.

—No se preocupe: nadie sabe que estoy aquí, aunque quizá empiecen a sentir curiosidad por descubrir dónde ando.

—¿Nadie anda detrás de usted?

—No, nada tan crudo o tan bien organizado.

—Disculpe, pero no me convence. Está fuera de su país, rodando por Europa del Este como una bola de billar, ¿y nadie sabe dónde está? Lo siento: no me lo trago. ¿Y sabe qué? Si no le creo, se acaba nuestra reunión. Usted sigue su camino, yo el mío. Adiós, nos veremos en el infierno.

—¿Quiere la verdad? No les interesa con quién me reúna.

—No lo entiende, ¿verdad? —Cerró el maletín que estaba junto a él, en el suelo—. Solo le daré una oportunidad más. Después, me marcharé.

No dije nada.

—Mire, soy de fiar, pero no imbécil. Digamos que entrego mis notas. La primera pregunta que me van a hacer es: «¿Qué estaba haciendo ese malnacido en Praga, si sus órdenes lo mandaban a Budapest?». Y yo diré: «Caray, buena pregunta, no se me ocurrió preguntar. Es que estaba pensando en colinas y en mujeres yaciendo sobre un costado». —Trabó la cerradura del maletín con un *clac*—. Como le he dicho antes: nos vemos en el infierno.

—Váyase al cuerno. Solo soy un inspector de policía. A veces necesitan a alguien que no esté fichado. Me largan mi pasaporte, me dicen que vaya a tal sitio, que hable con tal persona, que haga tal cosa. Nada complicado. Soy como el ruido de fondo. Nadie me mira dos veces. —Lancé una mirada a las cejas pelirrojas—. De cualquier manera, por lo que a ellos se refiere, no sé nada que sea de provecho para alguien como usted. Incluso si me corta los dedos uno a uno, no tengo nada que decirle.

—No trabajamos con dedos. —Se acomodó en el sofá—. No esta semana.

—Me preguntaba por Kang. ¿Todavía le interesa?

Indicó hacia la mesa con un gesto.

—Siéntese, si quiere. Tiene algo que decir, le escucho. Dudo que merezca mínimamente la pena; pero vamos a verlo. Si tiene algo de sentido, sacaré mi libreta. De no ser así —las cejas pelirrojas saltaron en su frente, para volver después a su lugar habitual—, tengo una reunión.

—El tipo está muerto. ¿Por qué iba a inventarme nada?

Apretó el pulsador de su bolígrafo dos veces. Un hábito nervioso. No estaba muy bien entrenado, pensé, y su ruso empeoraba conforme hablábamos. Crucé la habitación hasta llegar a la mesa y tomé asiento.

—¿Está preparado?

—Sí —respondió, encendiendo una grabadora plateada diminuta que puso sobre la mesilla frente a sí. La mesa era de madera oscura, quizá nogal negro, y la cubría un mantel blanco con pájaros azules y rojos bordados en los bordes. Todos tenían los picos afilados y de un amarillo intenso. El mantel era nuevo, todavía se veían las dobleces—. Solo necesito una buena narración, un cuento para dormir. Simple y llanamente. Nada demasiado oriental. —De repente hablaba un ruso perfecto.

No llamé antes; me limité a abrir la puerta, lanzar la cámara sobre el escritorio de Pak y acercarme a la única mesa libre que quedaba en la sala. Mis pantalones no se habían secado de la humedad de la hierba, la cámara no había funcionado, nada había llegado a buen puerto. Estaba muy irritado y quería que Pak lo supiera. Era evidente que él también estaba molesto. No me hizo caso. Siguió escribiendo sobre la pizarra, produciendo una especie de chasquidos con la tiza al levantarla y atacar el encerado nuevamente. Maltrataba la pizarra con saña, haciendo como si estuviera profundamente concentrado, hasta que dijo:

—Inspector, pase, por favor.

Había otros dos hombres en la habitación. Ninguno de ellos habló. Pak se volvió de nuevo hacia mí.

—Inspector O, conoce a todos los presentes. —Su rostro insinuó una leve advertencia—. O tal vez no. Este es el capitán Kim, del Cuartel General Conjunto.

Jamás me había cruzado con Kim, pero no necesitaba mirarlo dos veces para darme cuenta de que no seríamos amigos. Tenía el pelo corto, rapado de manera desigual, el cuello grueso y una cara sombría con una expresión que podría haber resultado adusta, de no ser porque sus ojos eran rápidos y afilados como pequeños cuchillos de cocina. Su uniforme de verano era de buena calidad, mejor que su corte de pelo, y alguien había pasado un buen rato sacando lustre a sus botas. Me miró con desdén y después frunció el ceño a la vista de la cámara que reposaba sobre el escritorio de Pak. No era necesario decírmelo, era obvio que estaba relacionado con la vigilancia.

—Ni una foto —dije—. La batería está agotada. De todas maneras, el coche no llevaba matrículas. —Dediqué a Kim una amplia sonrisa que sugería que estaba a punto de revelar algo que le haría gracia, pero sus pequeños ojos permanecieron duros como el metal y me di cuenta de que las únicas bromas que le hacían reír eran las suyas. Al otro lado podía ver a Pak preparándose—. No se lo creerán, pero el muy bastardo dio un bocinazo al pasar.

El hombre que estaba junto a Kim se recostó y cruzó los brazos.

—¿Qué?

Antes de que pudiera contestar, Pak me tomó del codo y me acompañó hasta la puerta.

—Querrá usted tomar un té, inspector.

—No; ha de responder a mi pregunta. —Reconocí el tono de voz. Era como la punta de un látigo arrastrándose lentamente sobre el suelo, justo antes de rasgar el aire de un chasquido. Era el tono propio de un cierto tipo de oficial del partido. No era malvado, pero sí rápido y siempre decidido.

—En realidad —dijo—, me gustaría tomar un té. —Pak cerró los ojos. Era su tic cuando se sentía avergonzado. Nunca me quedó claro si así anhelaba pasar a un estado incorpóreo o si esperaba que yo me esfumara al dejar de verme. El hombre de la silla cambió de postura y estiró las piernas, aparentemente sin ninguna prisa, a sus anchas, pero sin perderme de vista ni un instante. Juntó sus dedos, unos dedos finos con uñas cuidadas. No era alguien que hubiera estado ayudando a los agricultores en los últimos tiempos. Sabía lo que me esperaba.

—Veo, inspector, que no lleva la imagen de ninguno de nuestros grandes líderes. —El hombre hizo una pausa de una fracción de segundo. La lustrosa bota derecha del capitán Kim dio un golpe ligero sobre el suelo, solo una vez, como el toque de la cola de un gato. Todos fingieron no darse cuenta—. ¿He de suponer que hay alguna razón por la que prefiere no llevar una, al contrario que sus conciudadanos de la capital?

—No llevamos pins en el campo. —Lo pronuncié con un tono pragmático. La respiración de Pak se había ralentizado peligrosamente. Uno de los avisos que me repetía hasta la saciedad era «Nunca llares pin a la pequeña imagen del Líder». Es que cada vez que me ponía la pequeña insignia redonda me pinchaba el dedo. Siempre en el mismo

lugar. Para mí era solo un engorro, algo puntiagudo que no necesitaba en mi vida, un pin. Me encogí de hombros—. Llevo tres días sin pasar por casa. Está en el primer cajón, a la izquierda. En realidad, el primer cajón es el único cajón que tengo. —No pude evitar continuar—: Pero seguramente ya sabe eso.

—Inspector, este es el subdirector Kang, del Departamento de Investigaciones. —Pak estaba de nuevo con nosotros. Abrió los párpados y dibujó una sonrisa en su cara, de la que los labios no tomaron parte—. Raramente recibimos visitas del Comité Central en nuestra pequeña comisaría. Es un honor.

Kang le respondió con una sonrisa, no por simpatía, sino por mostrarme sus dientes. Iba vestido de civil. Los pantalones le quedaban un poco largos y los llevaba arrugados; la camisa blanca, con el cuello abierto, parecía haber sido usada sin descanso durante una semana entera. El cinturón y los zapatos eran de importación. Escogidos con cuidado, no tenían demasiado estilo, sin embargo. Los zapatos mostraban numerosas rozaduras, casi como contrapunto voluntario a las botas de Kim.

—He hecho una pregunta —dijo sin alterar la voz—. Y sigo esperando la respuesta.

—Lo que decía era que el muy bastardo tocó el claxon.

El capitán Kim interrumpió:

—¿Quién lo hizo? ¿El conductor, quiere decir?

Aquello me llamó la atención. Había dado por sentado que los dos cooperaban, hasta que Kim intervino. Incluso en una reunión tan informal como aquella, rompía el ritmo. En un interrogatorio las preguntas no son la clave: lo es el ritmo. Si pierdes eso, lo pierdes todo. Y entonces tienes que volver a comenzar de cero. Un buen equipo no haría eso. Incluso los malos equipos mantienen esas reglas básicas.

—¿Y cómo puedo saber quién lo hizo? —Me relajé. Aquellos dos, independientemente de lo que estuvieran haciendo en el despacho de Pak, estaban enfrentados—. Las lunas estaban tintadas y el coche se movía tan rápido que no se veía con claridad.

—¿Y cómo puede entonces estar seguro de que no llevaba matrículas? —Kim tomó la cámara en sus manos. A diferencia de las de Kang, las tenía duras y callosas. No de ayudar a los agricultores, sino de romper ladrillos y tablas. Quizá huesos también, pero no sería yo

quien preguntara. La voz de Kim surgió de una oscura caverna, donde incluso las preguntas sencillas sufrían una metamorfosis y se volvían desagradables—. ¿Cómo sabemos que no falló al hacer la fotografía a propósito? ¿Cómo sabemos tan siquiera que lo intentó?

—Miren. —En ocasiones mi voz adquiría un tono áspero cuando no debía y aquel fue uno de esos momentos. Puse ambas manos sobre el escritorio de Pak y avancé hacia los dos forasteros, despacio. Si era señal de insubordinación o de mala educación, me era indiferente. El rostro de Kim se ensombreció más aún. Él quería un signo de deferencia, quizá con un punto de miedo, algo que mostrara que yo reconocía su estatus, pero no estaba de humor para mostrarme respetuoso. Kang era casi el extremo opuesto: no parecía importarle. Su expresión no cambió, sus ojos me siguieron como un oso observando un conejo. Ni interesado ni desinteresado: simplemente observaba.

»No sé ustedes, pero yo he madrugado para sentarme en una colina en la oscuridad, ¿y para qué? La batería de la cámara está agotada, como la mayoría de las baterías que nos distribuyen. —Hice una pausa—. El coche, un Mercedes negro grande, estaba encerado y brillaba, sin barro a los lados, con neumáticos nuevos y sin matrículas. Ninguna, ni al frente ni detrás. Venía del sur, a propósito, aunque nadie se ha molestado en preguntarlo. —Me detuve de nuevo. Cada vez que me detenía, Kim se enfadaba más. El metal de sus ojos adquirió un brillo plomizo, como el cielo antes de una mala tormenta—. Y el conductor hizo sonar el claxon. Un bocinazo horrible, como una mofa. ¿Por qué iba a hacer eso en mitad de ninguna parte, en una carretera vacía al amanecer? Muchas coincidencias para una sola mañana, ¿no creen? —Miré furtivamente a Kang. Su rostro seguía imperturbable—. Ahora, si nadie tiene nada que objetar, voy a buscar algo de té.

Pak se acercó a la pizarra y comenzó a borrar lo que había escrito.

—Quiero un informe sobre mi mesa en una hora, inspector. Entregue la cámara a Operaciones y dígales que la analicen. Entregue la radio a Intendencia. —Se sopló los dedos para quitarse la tiza.

Kang arrancó una página de un pequeño cuaderno con tapas de cuero. Nada que ver con los que nos distribuían a nosotros.

—Este es mi número. Llámeme esta tarde. A las dos. —Si le pidiera al intendente un cuaderno con tapa de cuero, le entraría la risa delante de mí. «Inspector, se sonreiría, ¡es usted terrible!».

Tomé el papel y me lo metí en el bolsillo sin mirarlo. Kim había dejado la cámara sobre la mesa, pero todavía sostenía la tapa del objetivo. La dobló entre los dedos, la miró pensativo y tras asentir levemente con la cabeza me la dio.

—¿Cree que en Operaciones tengan un hervidor? —Me volví hacia Pak, que se había sentado en su escritorio otra vez y fingía estudiar la primera página de un manual de personal del ministerio, obsoleto desde hacía mucho tiempo.

—Quiero ese informe, inspector. —No levantó la vista mientras yo salía de la sala y cruzaba el recibidor en dirección a la Intendencia. Desenganché la radio de mi cinturón. Estaba encendida. Eso significaba que la batería se había agotado, pues de no ser así habría pasado toda la reunión chirriando y escupiendo ruiditos. Me preguntaba si la tercera hilera de colinas habría desaparecido entre la calima de agosto.